



unánimes

# Estudios bíblicos

P: Carta a los Efesios

05.- Salvos por gracia



unánimes

Estudios Bíblicos

P.05.- Salvos por gracia

## 1. El texto

### Efesios 2:1-10

*Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia. Entre ellos vivíamos también todos nosotros en otro tiempo, andando en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos; y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos). Juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús, porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe, pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas.*

## 2. Introducción

En este pasaje, el pensamiento de Pablo fluye prescindiendo de las reglas de la gramática; empieza oraciones y no las acaba; empieza con una construcción, y a mitad de camino se desliza a otra. Esto es así porque se trata más bien de un poema del amor de Dios que de una exposición teológica sistemática. El canto del ruiseñor no se puede analizar con las reglas de la composición musical. La alondra canta por el gozo de cantar. Eso es lo que hace aquí Pablo. Está derramando el corazón, y las exigencias de la gramática tienen que ceder el paso a la maravilla de la gracia.

El texto de la oración y acción de gracias ha llegado a su término. Pero la profunda emoción continúa, siendo evidente por expresiones tales como “rica misericordia ... grande amor ... sobreabundante riqueza de gracia”. Este, también, como en el capítulo 1, es el lenguaje de gratitud y adoración. No obstante, se da comienzo aquí a una nueva subdivisión. No se produce un cambio brusco. Tanto en este capítulo, como en el capítulo 1, Cristo, aquel en quien se revela la Santa Trinidad, es considerado base de las bendiciones. No obstante, el énfasis ha sufrido un cambio, evidenciado por el hecho de que en este segundo capítulo la frase “en Cristo” o sus equivalentes ocurren con mucha mayor frecuencia.

Ahora, el capítulo 2 concentra nuestra atención en el alcance universal o la extensión universal de la iglesia. Comienza el apóstol mostrando que “en Cristo” el palacio de la salvación ha abierto sus puertas a todos, esto es, a gentiles y judíos igualmente. Cuando Cristo murió en la cruz el muro divisorio entre estos dos grupos hostiles se derrumbó para nunca más volver a ser levantado. En él todos son ahora uno, es decir, todos los que se han rendido a él mediante una fe viva.

Aquí las bendiciones que se detallan son compartidas entre el escritor y sus lectores, entre judíos y gentiles igualmente, en fin, entre todos los que habiendo estado muertos mediante sus pecados y transgresiones tuvieron que ser revivificados. No es sino hasta llegar al versículo 11 que se nos dice cómo los dos grupos—judíos y gentiles—otrora enconados enemigos, llegaron a la reconciliación. La lógica es simple y clara. El establecimiento de la paz entre Dios y el hombre, de modo que “los hijos de ira” son ahora objetos de su amor, naturalmente precede y da como resultado la paz entre hombre y hombre, en este caso entre judíos y gentiles. La línea horizontal es la proliferación de la vertical.

El capítulo 2 no solamente lleva un eco del énfasis central del capítulo 1, es decir, que Jesucristo como revelación del Dios Trino es Aquel “en quien” todas las bendiciones pasadas, presentes, y futuras se otorgan a los creyentes, siendo en este sentido el eterno fundamento de la iglesia, sino que también prefigura los futuros conceptos sobre los cuales el apóstol ha de extenderse en detalle en los últimos capítulos. Nos da, especialmente, un vistazo por adelantado del capítulo 4: la unidad orgánica y el crecimiento de la iglesia.

Lo que principalmente ataca el capítulo 2 es el espíritu de pecaminoso exclusivismo, y enfatiza el hecho de que el amor de Dios es más amplio que el mar, y abarca no solamente a judíos sino también a gentiles, fundiéndolos en una unidad orgánica, y esto lo hace por medio del instrumento más extraño imaginable, a saber, ¡una muerte en la cruz! El alcance universal de la iglesia es el pensamiento en que la mente de Pablo se centra aquí y que se introduce como sigue:

### **3. La condición precedente a la vida**

*Él os dio vida a vosotros cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados,*

Los lectores, antes de su conversión, se hallaban “muertos” en sus delitos (desviaciones de la senda recta y angosta) y pecados (inclinaciones, pensamientos, palabras y obras “que no dan en el blanco”, es decir, que no glorifican a Dios).

Sin embargo, aunque sería necio negar que, aun fuera de la gracia regeneradora, el hombre “muestra cierta consideración hacia la virtud y el comportamiento externo”, tal conducta ni

siquiera se puede comenzar a comparar con el bien espiritual. Solamente el Señor sabe hasta qué punto, en la vida de cada hombre, la buena obra exterior brota de una compasión auténtica, puesto que la imagen de Dios no se ha perdido totalmente en él, y hasta donde es resultado de haber comprendido que el egoísmo personal provoca al mismo tiempo destrucción personal, o por otro motivo que no sea exactamente altruista. En cada caso tal buena obra no ha brotado de la fuente de la gratitud por la salvación merecida por Jesucristo. Por tanto, no es obra de fe. No ha sido realizada con el propósito consciente de agradar y glorificar a Dios obedeciendo su ley.

Ahora bien, es con respecto a esta clase de bien espiritual que el hombre se halla por naturaleza muerto. Es un hecho que aun hombres de reconocida virtuosidad se han caracterizado también por responder con un total desdén a todo llamado del evangelio. Sus altivos corazones rehúsan aceptar la urgente invitación para confesar sus pecados y aceptar a Cristo como su Salvador y Señor. El hombre natural ni siquiera es debidamente apto para discernir a Dios. Para él las cosas del Espíritu son “locura”. Carece de la capacidad de autoincitarse para prestar oído a lo que Dios demanda de él. Es solamente bajo la acción transformadora de Dios que se puede volver de su mal camino. Además de todo esto, se halla bajo sentencia de muerte, bajo maldición a causa de su pecado en Adán (pecado original) al cual ha añadido sus propios delitos y pecados. No hay manera de que un muerto espiritual cobre vida por sus propios esfuerzos. A no ser por la actividad regeneradora del Espíritu divino, el hombre permanecerá muerto y continuará dentro de la oscuridad en sus delitos y pecados. Con respecto a tales delitos y pecados Pablo prosigue:

#### **4. Los tiempos pasados**

*...en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire...*

Pablo quiere decir, en cuyo ambiente vosotros os desenvolvisteis libremente, sintiéndooos perfectamente cómodos, conduciéndooos en completa armonía “con el espíritu de la época que caracteriza a una humanidad alienada de la vida de Dios”.

Este pasaje, en conjunción con otros en la misma carta, enseña claramente que Dios ha permitido habitar en las regiones supra mundanas a huestes sinnúmero, y que en los dominios más bajos los servidores de Satanás se hallan empeñados en sus destructivas misiones. De acuerdo al Nuevo Testamento “la atmósfera está habitada por espíritus, incluyendo espíritus malignos, que ejercen malévola influencia sobre la humanidad”.

La conducta de los efesios, entonces, había sido antes “según la corriente de este mundo, conforme al príncipe del imperio del aire”, a lo cual Pablo ahora añade:

## 5. La influencia en los desobedientes

*...el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia.*

Tal espíritu, nuevamente, es Satanás, quien, por medio de sus agentes y los demonios, está activamente comprometido con los corazones y vidas de malignas personas a quienes se les designa, según una expresión semita, como “hijos de desobediencia”, vale decir, los que, por decirlo así, brotan de la desobediencia como si fuese su madre que les hubiese dado el ser. Esta es la desobediencia de incredulidad y por tanto de rebelión contra Dios y sus mandamientos. Observemos el hecho de que de este “príncipe” o “espíritu” se dice que “actúa”, es decir, está energéticamente comprometido para hacer que lo malo sea aun peor. Satanás jamás descansa. Ahora bien, era según este espíritu que los efesios se habían conducido en tiempos pasados. Pero no solamente los efesios. Pablo es cuidadoso en agregar:

## 6. Nuestro pasado

*Entre ellos vivíamos también todos nosotros en otro tiempo, andando en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos;*

Resulta conmovedor leer, “Entre estos hijos de desobediencia nos hallábamos nosotros también”, nosotros los judíos como vosotros los gentiles. Pablo se incluye a sí mismo. No obstante, él es el apóstol que durante el mismo período de prisión escribió concerniente a su propia vida precristiana, “... en cuanto a la ley, irreprochable”. La idea central es que tanto el gentil, sumido en la inmoralidad, como el judío, que piensa poder salvarse por la obediencia a la ley de Moisés, viven “en las concupiscencias de la carne”; cuando se usa la palabra carne en tal contexto se está refiriendo a la naturaleza humana corrompida, o, en forma más general, a cualquier cosa fuera de Cristo en que uno base su esperanza para la felicidad o la salvación.

En cuanto a deseos, en el caso presente no puede ser otra cosa que los anhelos injustos que pertenecen a y son engendrados por la carne. Para el judío esto incluía seguramente el anhelo de entrar al reino en base a sus supuestas meritorias obras de la ley. Para el gentil la referencia es a asuntos tales como la inmoralidad, la idolatría, la borrachera, y, en general, la agresividad en sus varias siniestras manifestaciones. La carne o la naturaleza humana depravada engendra, consecuentemente, malos deseos. Estos, a su vez, para conseguir sus objetivos, conducen a todo tipo de razonamientos hostiles, a planes egoístas e inmorales, y a reflexiones que finalmente concluyen en obras malvadas. Sin embargo, aunque la secuencia indicada de los elementos en el progreso del mal es tal como aquí se ha resumido, la vida en sí misma es demasiado compleja para tal simplificación. Existe una constante interacción. Este es un asunto que demanda atención, puesto que muestra lo terrible que es la condición perdida del hombre: un pecado engendra otro el cual, a su vez, no solo da lugar

aun a otro sino que ¡“se vuelve”, por decirlo así, y reacciona sobre el que lo engendró, añadiendo así al último vitalidad y eficacia para la maldad! No es de extrañarse que Pablo prosiga:

## 7. El destino probable

*...y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás.*

No hemos de comparar la ira a un incendio en la paja, que arde rápidamente y se consume. Al contrario, es una indignación estable, es la actitud que muestra Dios hacia el hombre en su condición caída en Adán y rebelde a aceptar el evangelio de gracia y salvación en Cristo. Es con respecto a ellos que en el evangelio de Juan se ha escrito: “... el que no obedece al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él”. “Por naturaleza” debe significar “fuera de la gracia regeneradora”. Se refiere al hombre tal como se halla en su condición caída, como descendiente de Adán; hablando específicamente, incluido en él como su representante en el pacto de obras. Tales, entonces, dice Pablo, éramos nosotros antes que tuviese lugar el gran cambio. Esta era la realidad con respecto a los lectores y también en lo que respecta al escritor de la epístola. Además, a fin de que nadie pudiese concluir que entre los hijos de los hombres hubiese siquiera alguno al que estas palabras no se les pudiesen aplicar, Pablo añade “lo mismo que los demás”. “Hijos de ira” (otro semi-tismo) significa, “sujetos de la estable ira de Dios ahora y por todo el tiempo venidero”, a menos que la maravillosa gracia de Dios intervenga aplastando el orgullo pecaminoso y la desobediencia, la que consiste en incredulidad.

Pero ¿no es Dios también misericordioso? Sí, por supuesto, pero, aunque odia al pecador empedernido a causa de su rebeldía e inexcusable impenitencia, no obstante le ama como criatura. Bajo este aspecto, ama a todos los hombres. Ama al mundo. El sorprendente carácter de aquel amor hace posible comprender, al menos en parte, que la ira de Dios debe reposar sobre aquellos que le desprecian. Y ahora viene una descripción vivida del cambio. Al hombre totalmente indigno, tal misericordia, amor y gracia le es concedida

## 8. La vida nueva

*Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos).*

En lo que a este párrafo le concierne, el relato de la desdichada condición del hombre ha terminado. La idea central con la que el apóstol comenzó no ha sido aun expresada. Las palabras “y vosotros”, como objeto de la oración de apertura, no debe quedar como nadando en el aire. Los efesios no pueden ser dejados en su estado de ira y condición de miseria. El gran corazón vibrante de este maravilloso misionero, corazón tan lleno de compasión ya no



puede esperar más. Aquí entonces, al fin, después de todos estos modificativos viene la cláusula principal: el sujeto y el verbo central: “Dios (v. 4) ... *nos dio vida*”. En contraste se había dicho que estábamos muertos en nuestros pecados. El apóstol está convencido que su propio estado (y en realidad, el estado de todos los judíos que en otro tiempo confiaban en su propia justicia para salvación) no era básicamente mejor que el de los gentiles y también que el nuevo gozo ahora descubierto es el mismo para todos, por lo tanto se incluye en la declaración: “*nos dio vida juntamente con Cristo*”.

Pablo atribuye el dramático y sobresaliente cambio que ha tenido lugar, tanto en su vida como en la de los demás, a la misericordia, amor, y gracia de Dios. El amor es básico, es decir, es el más amplio de los tres términos. Pablo dice, “*Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida*”, etc. Este amor de Dios es tan grande que desafía a todas las definiciones. Aquellos, y solamente aquellos, que lo experimentan saben realmente lo que es, aunque nunca puedan entenderlo en toda su extensión. Comprenden, no obstante, que es único, espontáneo, fuerte, soberano, eterno e infinito. Es “el amor que ha sido derramado en nuestros corazones”, “su amor hacia nosotros”, el amor del cual nadie ni nada “nos podrá separar”. Tres afirmaciones que hace Pablo en su carta a los Romanos.

Ahora bien, cuando este amor se dirige hacia pecadores considerados en toda su miseria y necesitados de conmiseración y socorro, ello recibe el nombre de misericordia. Es tan llena de “riqueza” como el amor es tan lleno de “grandeza”. La gracia de Dios de la cual se hace mención en esta declaración, “Por gracia sois salvos”, es su amor como enfocado hacia el culpable e indigno. La misericordia se compadece. La gracia perdona. Pero hace aun más que eso. Salva enteramente, librando a los hombres de la más grande miseria (condenación eterna), y otorgando a ellos las más escogidas bendiciones (vida eterna para el alma y el cuerpo).

Ser salvo por gracia es lo opuesto a ser salvo por méritos. La expresión indica claramente que la base de nuestra salvación no descansa en nosotros sino en Dios. “Le amamos a él porque él nos amó primero” dice el apóstol Juan.

Fue por la riqueza de su misericordia, la grandeza de su amor, y el maravilloso carácter de su gracia, que Dios “*nos dio vida*” juntamente con Cristo aun cuando estábamos muertos a causa de nuestros delitos”. Es muy importante destacar aquí que esta fue una acción de Dios tomada a partir de sus atributos, amor, justicia y santidad. El ser humano no contribuye en nada a la acción salvífica de Dios, solamente aporta su pecado. Aquí no hay “sinergia”. No son dos partes actuando para conseguir un objetivo común. Es Dios, tan solo Dios, actuando para salvar por gracia al ser humano.

“Juntamente con Cristo”, puesto que cuando el Padre resucitó a su Hijo, haciendo que su alma volviese a re-habitar el cuerpo que había dejado, por este mismo hecho Dios proveyó la prueba de que el sacrificio expiatorio había sido aceptado y que, en consecuencia, la sentencia de muerte, que de otro modo habría condenado a los creyentes, había sido levantada y sus pecados perdonados. Esta justificación, a su vez, es fundamental para todas las demás bendiciones de la salvación. Esto es verdad puesto que la vivificación no es completa en sí misma y por eso el apóstol prosigue:

## 9. Nos hizo uno con Jesús

*Juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús,*

La resurrección de Cristo y su exaltación a la diestra del Padre “en los lugares celestiales” no solo prefigura y garantiza nuestra gloriosa resurrección corporal con toda la gloria consecuente que ha de ser nuestra parte en la gran consumación, sino que constituye la base de nuestras bendiciones presentes. Todo lo que suceda al Novio (Cristo) tiene un efecto inmediato en la Novia (su iglesia). Este efecto no se refiere solamente al estado de la iglesia o su posición legal ante la ley de Dios, sino también a su condición, lo último debido a que del lugar de su gloria celestial y majestad Cristo envíe el Espíritu al corazón de los creyentes, a fin de que mueran al pecado y sean levantados a novedad de vida.

En consecuencia, podemos decir que, tanto en lo que concierne a nuestro estado como a nuestra condición, con Cristo hemos sido probados, condenados, crucificados, sepultados y también vivificados, resucitados y llevados a lugares celestiales. Por supuesto que existe el factor tiempo. No recibimos toda esta gloria de una sola vez. Sin embargo, el derecho a recibirla en forma plena está asegurado y la nueva vida ya se ha iniciado. Aun ahora, nuestra vida “esta escondida con Cristo en Dios”. Nuestros nombres están escritos en los registros del cielo. Nuestros intereses están siendo promovidos allí. Somos gobernados por normas celestiales y movidos por impulsos celestiales. Las bendiciones descienden constantemente sobre nosotros. La gracia de los cielos llena nuestros corazones. Su poder nos capacita para ser más que vencedores. Es a los cielos que nuestros pensamientos aspiran y nuestras oraciones ascienden.

Ahora bien, ¿cuál fue el propósito que Dios tuvo en mente cuando nos concedió esta salvación? Pablo responde:

## 10. El propósito de su gracia

*...para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús,*



Por tanto, el propósito de Dios al salvar a su pueblo está más allá del hombre. El principal anhelo es su propia gloria. Es por esta razón que despliega toda su gracia en toda su incomparable belleza y poder transformador. Para algunos esto podría parecer algo frío o aun “egoísta”. No obstante, al leer el pasaje se descubrirá que la eclipsante majestad de Dios y su tierna condescendencia se combinan aquí, ¡puesto que la gloria de sus atributos es puesta en exhibición al tiempo que se refleja a sí misma “en bondad para con nosotros”! Nosotros somos sus relucientes joyas. A través de toda la eternidad los redimidos serán exhibidos como monumentos de “la maravillosa gracia de nuestro Señor”, quien nos rescató del pozo de destrucción y nos alzó a las alturas de celestial deleite, realizando esto a tal costo para sí mismo que no escatimó a su propio Hijo y en tal forma que ni siquiera uno de sus atributos, ni aun su justicia, fue eclipsado.

Pablo no dice “la gracia de Dios”, ni siquiera “las riquezas de su gracia”, sino “*las abundantes riquezas de su gracia*”. Esto es algo característico en el vocabulario de Pablo. Anteriormente había escrito a los romanos, “donde abundó el pecado sobreabundó la gracia”. En su encarcelamiento actual hablaría a los filipenses de la paz que “sobrepasa todo entendimiento”. En su breve período de libertad entre la primera y segunda prisión en Roma escribiría a Timoteo, “y sobreabundó la gracia de nuestro Dios, con fe y amor en Cristo Jesús”. Según el modo de ver de Pablo, la gracia se halla libre de limitaciones, nada tiene de mezquino. Sus amantes brazos abarcan tanto a gentiles como a judíos. Llega aun “al principal pecador” (Pablo mismo) y es tan “rica” que enriquece cada corazón y vida que toca, llenando todo del maravilloso amor, gozo, paz que vienen de Dios.

Dios desplegará la sobreabundante riqueza de su gracia “*en los siglos venideros*”. Podemos traducir este término “siglos” en “edades” también. Aquí el apóstol habla del tiempo futuro. Para destacar más enérgicamente la idea de bondad que ha de extenderse por toda la eternidad, Pablo no habla de la ‘edad’ sino de las edades por venir”.

El propósito, entonces, que Dios tuvo en mente cuando nos otorgó su gran salvación fue que “en Cristo Jesús” a través de toda la nueva dispensación y para siempre en lo futuro pudiera colocarnos a nosotros, igualmente judíos y gentiles, en exhibición como monumentos de la sobre abundante riqueza de su gracia expresada en bondad de la cual somos y seremos siempre los beneficiarios. Reflexionando sobre lo que ya ha dicho acerca de la gracia el apóstol dice:

## 11. El evangelio

*...porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios.*

El énfasis que Pablo ha manifestado en esta carta es que desde el principio hasta el fin el hombre debe su salvación a Dios y solo a Él. No se puede afirmar, como algunos lo hacen, que “Gracia es la parte de Dios, fe, la nuestra”. Aunque tanto la responsabilidad de creer como su actividad son nuestras, puesto que Dios no ha de creer en nuestro lugar, en el contexto presente se esperaría énfasis en el hecho de que la fe, así en su parte inicial como en su continuación, depende enteramente de Dios y tal es el caso en lo que respecta a toda nuestra salvación.

Si personalizamos la interpretación de este texto, podríamos afirmar: “Tenemos derecho de hablar acerca de las ‘sobreabundantes riquezas de su gracia’ puesto que, indudablemente, somos salvos por gracia mediante la fe y a fin de que no comencemos a decir, ‘Pero entonces merecemos crédito, al menos, por creer’, agregaremos inmediatamente que aun esta fe (o, aun este acto de fe) no es de nosotros sino que es don de Dios”. Por lo tanto no hay mérito humano alguno.

Este texto enfatiza una verdad ineludible, a saber, que el crédito de todo el proceso de la salvación debe ser dado a Dios, de modo que el hombre pierde toda razón para jactarse y es exactamente lo que Pablo dice en las palabras que ahora siguen:

## 12. Las obras y la jactancia

*No por obras, para que nadie se gloríe, pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas.*

Verdad es que, aunque las buenas obras no son meritorias, no obstante, son tan importantes que Dios nos creó a fin de que podamos hacerlas. Somos hechura de sus manos: lo que Él hizo, su producto. Es a Él a quien debemos toda nuestra existencia tanto espiritual como física. Nuestro nacimiento mismo como creyentes es obra de Dios. Somos creados “en Cristo Jesús”, porque separados de Él nada somos y nada podemos hacer. Como “hombre en Cristo”, el creyente constituye una nueva creación, según previamente lo había dicho el apóstol a los corintios: “*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas.*”

Ahora bien, junto con crearnos Dios también preparó buenas obras. Hizo esto, en primer lugar, dándonos a su Hijo, nuestro gran Habilitador, en quien las buenas obras hallan su más gloriosa expresión. Cristo no solo nos capacita para realizar buenas obras sino que además es nuestro ejemplo en ellas. En segundo lugar, dándonos la fe en su Hijo. La fe es don de Dios. Ahora, al plantar la semilla de la fe en nuestros corazones, haciéndola brotar, atendiéndola con gran solicitud, dándole crecimiento, Dios también nos preparó en este sentido para las buenas obras, puesto que las buenas obras son fruto de la fe. La fe viva,

además, implica mente renovada, corazón agradecido, y voluntad rendida. Con tales ingredientes, todos ellos dones divinos, Dios confecciona o compone las buenas obras. Así entonces, resumiendo, podemos decir que al dar a su Hijo y al impartirnos la fe en ese Hijo Dios preparó de antemano nuestras buenas obras. Cuando Cristo por medio de su Espíritu mora en los corazones de los creyentes, sus dones y su gracia son otorgados a ellos, de modo que ellos, también, llevan frutos, tales como “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, control de sí mismo”, todos ellos detallados por el apóstol en la carta enviada a los Gálatas.

Pablo concluye este párrafo agregando: “*para que anduviéramos en ellas*”. Aunque las buenas obras han sido divinamente preparadas, son al mismo tiempo responsabilidad del hombre. Estas dos cosas jamás han de separarse. Si podemos ilustrar la salvación por medio de la figura de un árbol que florece, entonces las buenas obras estarían simbolizadas no por sus raíces, ni siquiera por el tronco, sino por el fruto. Jesús requiere de nosotros fruto, más fruto, mucho fruto. Él dijo “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que mora en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer”. Llevar mucho fruto y andar en buenas obras es la misma cosa.

Al andar en buenas obras entramos en la esfera de la propia actividad de Dios. Por tanto, sabemos que, aunque nuestros propios esfuerzos nos pueden a veces desilusionar, de modo que nos sentimos avergonzados aun de nuestras buenas obras, la victoria finalmente llegará; por cierto no en forma plena en esta vida sino en la venidera. La perfección moral y espiritual es nuestra meta aun aquí, pero será nuestra porción permanente en la vida futura, porque estamos persuadidos que el que comenzó en nosotros la buena obra, la seguirá perfeccionando.

Cuando esta doctrina de las buenas obras se acepta por fe, priva al hombre de todo argumento para jactarse, pero al mismo tiempo le libra de toda causa de desesperación. Glorifica a Dios.

### 13. Conclusión

Cuando Pablo habla de vosotros, se está refiriendo a los gentiles; cuando habla de nosotros, se refiere a los judíos, que eran sus compatriotas. En este pasaje muestra lo terrible que era la vida sin Cristo tanto para los gentiles como para los judíos juntamente.

Dice que esta vida se vive en pecados y transgresiones. Las palabras que usa son interesantes. La palabra para pecado es “hamartía” y “hamartía” es una palabra de la caza y del tiro deportivo o guerrero, y quiere decir no dar en el blanco. Cuando un tirador lanza la flecha y falla el tiro, eso es “hamartía”. El pecado es el fracaso en el intento de alcanzar una meta

en la vida. Por eso precisamente es por lo que el pecado es tan universal. Por lo general, tenemos una idea equivocada del pecado. Estaríamos de acuerdo sin duda en que el ladrón, el asesino, el violador, el borracho, el terrorista, son pecadores; pero, puesto que la mayor parte de nosotros somos ciudadanos respetables, en lo más íntimo de nuestro corazón creemos que el pecado no nos concierne gran cosa. Más bien nos ofenderíamos si se nos dijera que somos pecadores que merecemos el infierno. Pero “hamartía” nos pone cara a cara con lo que es realmente el pecado: el fracaso en ser lo que debemos y podemos ser.

¿Es un hombre tan buen marido como puede ser? ¿Trata de hacerle la vida más fácil y agradable a su esposa? ¿Le hacen sufrir a su familia sus cambios de humor? ¿Es una mujer tan buena esposa como puede? ¿Se toma de veras interés en el trabajo de su marido y trata de comprender sus problemas y preocupaciones? ¿Somos tan buenos padres como podríamos ser? ¿Dirigimos y entrenamos a nuestros hijos para la vida como es nuestro deber, o esquivamos esa responsabilidad a veces o a menudo? A medida que van creciendo nuestros hijos, ¿nos acercamos más a ellos, o los dejamos que se distancien hasta tal punto que resulta difícil la conversación, y que ellos y nosotros somos prácticamente extraños? ¿Somos tan buenos hijos como podríamos ser? ¿Tratamos de alguna manera de mostrarnos agradecidos por lo que se ha hecho por nosotros? ¿Vemos alguna vez el dolor en los ojos de nuestros padres, y sabemos que somos nosotros los que se lo hemos causado? ¿Somos tan buenos trabajadores como podríamos ser? ¿Llenamos cada hora de trabajo con una labor concienzuda y responsable, y hacemos cada tarea todo lo bien que podemos?

Cuando nos damos cuenta de lo que es el pecado vemos que no es algo que se han inventado los sacerdotes o los pastores, sino que es algo que inunda la vida. Es el fracaso en cualquier esfera de la vida de ser como debemos y podemos ser.

La otra palabra que usa Pablo, que traducimos por transgresiones, es “paróptoma”. Quiere decir literalmente resbalón o caída. Se usa de una persona que yerra el camino y que cada vez se aleja más de lo que debería ser su destino; se usa de un hombre que se despista y se desliza por terrenos peligrosos lejos de la verdad. Transgresión es seguir un camino equivocado cuando podríamos seguir el correcto; es faltar a la verdad que debemos conocer. Por tanto, es el fracaso en alcanzar la meta que deberíamos habernos propuesto.

La idea central de pecado es el fracaso, fracaso de acertar en la intención, fracaso de mantenernos en el camino debido, fracaso de hacer la vida lo que podríamos haberla hecho y esa definición nos incluye a cada uno de nosotros.

Pablo habla de personas que están muertas en pecados. ¿Qué quería decir? Algunos lo han tomado en el sentido de que sin Cristo las personas viven en un estado de pecado que en la

vida por venir produce la muerte del alma. Pero Pablo no está hablando de la vida venidera; está hablando de la vida presente.

Pablo había empezado diciendo que nos encontrábamos en una condición de muerte espiritual en pecados y transgresiones; en el texto que analizamos dice que Dios, en Su amor y misericordia, nos ha dado la vida en Jesucristo.

Pablo insiste en que es por gracia como somos salvos. No hemos ganado la salvación ni la podríamos haber ganado de ninguna manera. Es una donación de Dios y nosotros no tenemos que hacer más que aceptarla. El punto de vista de Pablo es innegablemente cierto.

Esto quiere decir que las obras no tienen nada que ver con ganar la salvación. No es correcto ni posible apartarse de la enseñanza de Pablo aquí y sin embargo es aquí donde se apartan algunos a menudo. Pablo pasa a decir que somos creados de nuevo por Dios para buenas obras. Aquí tenemos la paradoja paulina. Todas las buenas obras del mundo no pueden restaurar nuestra relación con Dios; pero algo muy serio le pasaría al cristianismo si no produjera buenas obras.

No hay nada misterioso en esto. Se trata sencillamente de una ley inevitable del amor. Si alguien nos ama de veras, sabemos que no merecemos ni podemos merecer ese amor. Pero al mismo tiempo tenemos la profunda convicción de que debemos hacer todo lo posible para ser dignos de ese amor.

Así sucede en nuestra relación con Dios. Las buenas obras no pueden ganarnos nunca la salvación; pero habría algo que no funcionaría como es debido en nuestro cristianismo si la salvación no se manifestara en buenas obras. Como decía Lutero, “recibimos la salvación por la fe sin aportar obras; pero la fe que salva va siempre seguida de obras”. No es que nuestras buenas obras dejen a Dios en deuda con nosotros y le obliguen a concedernos la salvación; la verdad es más bien que el amor de Dios nos mueve a tratar de corresponder toda nuestra vida a ese amor esforzándonos por ser dignos de él.

Sabemos lo que Dios quiere que hagamos; nos ha preparado de antemano la clase de vida que quiere que vivamos, y nos lo ha dicho en su Libro (las Escrituras) y por medio de Su Hijo. Nosotros no podemos ganarnos el amor de Dios pero podemos y debemos mostrarle que le estamos sinceramente agradecidos, tratando de todo corazón de vivir la clase de vida que produzca gozo al corazón de Dios.